

Primera parte

Los fundamentos culturales de la política

En el comunitarismo, libertad, igualdad y fraternidad encuentran su concreción.



Las antiguas categorías paradigmáticas de la política

No hay decisiones políticas fáciles, porque todas las problemáticas tienen infinitas soluciones.

El siglo XXI ha empezado con el fracaso de las ideologías políticas tradicionales que en la práctica se han revelado utopías y veleidades demagógicas debido a su incapacidad genética de convertir en acciones sus paradigmas conceptuales, o bien un hacer eficaz y eficiente para el bien de las comunidades humanas.

Ésta es una verdad que afecta a las doctrinas políticas que han representado, y aún hoy representan, el humus ideal sobre el cual aún se sustenta la dialéctica política en sus históricas y recurrentes connotaciones nominalistas, como el liberalismo, el socialismo, el comunismo (lo que antes era el marxismo), el franquismo, el nazismo, etc., también en sus distintas denominaciones y desarrollos. Éstas, en contra de sus proclamas de justicia, solidaridad, libertad, paz, democracia, igualdad, fraternidad, bienestar material y existencial, etc., han sido siempre y son portadoras de fundamentalismos, universalismos, terrorismos, genocidios, dictaduras, regímenes, guerras, revoluciones, miseria, racismo, hambre, enfermedades, holocaustos, etc., que es lo mismo que decir que sus programas, con tendencia a

la defensa de los derechos del hombre, se han quedado desde siempre en su verdadera factibilidad, es decir, son letra muerta.

En resumen, se muestra en toda su evidencia, especialmente hoy, la crisis de la comunidad humana, o bien una deriva cultural planetaria que es obvio que la arquitectura política actual nunca será capaz de remediar: el abismo, cada vez más acentuado entre ricos (cada vez más ricos) y pobres (cada vez más pobres), el desempleo, la corrupción política e institucional, la violencia política y no política, además de lo indicado anteriormente, han determinado el debilitamiento de la calidad de la vida humana y medioambiental. Esto quiere decir que el hombre se está encaminando a gran velocidad hacia un oscurantismo de identidad irrefrenable que lo llevará, en cosa de muchas generaciones, a una crisis irreversible si no se procede a un cambio radical del *modus operandi* político.

Es necesario reconducir la política a su función natural, que es la de velar por el interés general de los ciudadanos, pero esto requiere un pensamiento distinto en términos de proyección política. Ahora bien, es obvio que cuando la política, como se ha visto, abdica de su función principal, entra en crisis y, a la vez entra también en crisis el hombre, que, pensando que no cuenta nada o que se le considera un idiota funcional útil para los intereses partidistas de la gestión política, se aleja inevitablemente de ésta volviendo a la *jungla* primitiva. Es como decir que la exasperación del individualismo de cada uno y de todos nos ha llevado inevitablemente al marasmo geopolítico actual, y por ello a un debilitamiento antropo-existencial.

Éstas son las razones por las que la política se ha alejado del hombre, transformándose en un instrumento programado

para la gestión de los negocios del poder. En este marco desolador es necesario reconstruir una nueva comunidad del hombre a medida del hombre. Si queremos convivir todos en el mismo barco es necesario —no sólo a nivel de los Estados-comunidad individuales, sino también en la perspectiva mundial—, poner en marcha políticas públicas fundadas principalmente, no sólo en la competencia, sino también en la cooperación.

En resumen, se trata como ya hemos dicho, de arrancar una nueva práctica política, o mejor una *politonomía* —el estudio de la política como ciencia exacta, con intención de ser polémica pero desde una perspectiva puramente pertinente—, que conjugando en una síntesis armónica las distintas dimensiones de la persona en el plano interdisciplinario pueda dar origen al cambio paradigmático excepcional, original y revolucionario representado por el comunitarismo estatal, que perciba al hombre no como una mercancía sin valor, sino como un valor en sí, y por ello como un igual entre iguales, aun en una diversidad cultural, étnica e ideal que diferencia a un hombre de otro.

La comunidad humana está enferma, gravemente enferma como resulta evidente de los análisis socio-antropológicos a nivel planetario que habitualmente se hacen públicos y cuya síntesis presenta, precisamente, la incapacidad de la política de proceder a la satisfacción, incluso en una medida mínima, de los derechos naturales de casi tres quintas partes de la población mundial. Además, la Tierra se está acercando a gran velocidad a la ruptura definitiva del equilibrio ecológico propio debido a la economía depredadora imperante. En el momento histórico actual el hombre se caracteriza por la cultura de la violencia que condiciona su manera de ser y de actuar. En efecto, es esclavo de una sociedad que privilegia el *yo* respecto al *tú* y al *nosotros*, favoreciendo el crecien-

to de individuos asociales, superficiales y arrogantes que con el apoyo incondicional de los medios de comunicación se elevan a posiciones de poder, a veces aparente, que los jóvenes toman como modelos a imitar. Por otro lado se sabe que la violencia ha existido siempre, que pertenece al hombre, que está dentro del hombre y es congénita a él. En honor a la verdad es necesario decir que con el hombre nace también el bien, pero el hombre, *ab initio*, ha optado por la violencia, que es, además, la vía más fácil para dominar al prójimo. Y es que la vía más difícil es la de la argumentación de tesis enfrentadas, de las diferencias de opinión, y en resumen de la escucha y el diálogo.

